

HUMBERTO LÓPEZ MORALES, *La andadura del español por el mundo*, Madrid, Taurus, 2010, 464 págs.

En el otoño de la Edad Media el español comienza un proceso de expansión territorial desconocido hasta entonces en el ámbito de las lenguas románicas. Aquel 12 de octubre, cuando las naves de Colón amarraron en el archipiélago antillano, comenzó la verdadera historia del español en América, mientras el de España abría también sus arcas para acoger un espléndido tesoro de voces exóticas que muy pronto se acomodarían a su ya cumplido repertorio. Tal evento celebró en 1992 su quinto centenario y ahora, dieciocho años después, la Feria del Libro de Guadalajara ha querido confirmar, mediante la concesión del «Premio de Ensayo Isabel de Polanco» al nuevo libro de Humberto López Morales (*La andadura del español por el mundo*) que el estudio de las consecuencias lingüísticas de la hazaña colombina goza de una salud envidiable.

En esta primera década del siglo XXI, *La andadura del español por el mundo* viene a sumarse a la extensa nómina de estudios publicados por el profesor Humberto López Morales a lo largo de su carrera y da buena cuenta de la capacidad de trabajo de un investigador que, en el mismo año 2010, ha visto impreso bajo su dirección el *Diccionario de Americanismos*, elaborado por la Asociación de Academias de la Lengua Española. En las casi quinientas páginas de esta nueva *Andadura del español por el mundo*, el profesor logra combinar, a partes iguales, una extraordinaria sabiduría, disimulada bajo una apariencia de sencillez conceptual, y una capacidad única para convertir un libro científico en una herramienta al alcance de cualquier lector interesado por la historia y el futuro de nuestro idioma. Modelo que él mismo había ensayado en páginas similares de su obra *La aventura del español en América* (1998), en su afán de eliminar cualquier obstáculo «para entender y asimilar» (pág. 18) sus contenidos.

Como el propio López Morales confiesa en las líneas preliminares, el libro que pone ahora en las manos del lector no es una historia interna del español, por mucho que su título pueda inducir a interpretarlo como tal. Su intención es señalar los momentos decisivos en la trayectoria del idioma

que nació en Castilla, valorar su presencia en América y reflexionar sobre su futuro, que él augura «muy feliz» (pág. 17), para tranquilidad de quienes se preguntan hacia dónde camina este idioma en medio de su extraordinaria diversidad.

El volumen se articula en dos grandes apartados con sus correspondientes subdivisiones. El primero de ellos, «Una mirada al pasado» (págs. 21-182), está constituido por siete capítulos que hablan sobre los hitos más importantes en la configuración del español, su llegada a América y su expansión por el Nuevo Mundo hasta la independencia de las colonias, la importancia de las lenguas indígenas en estos procesos, la presencia africana en el continente descubierto por Colón y la llegada del español a Filipinas y Guinea Ecuatorial. La segunda parte, «La situación actual» (págs. 185-440), sirve de marco a la reflexión, a lo largo de diecinueve capítulos, sobre el nombre del idioma, el mapa («mosaico» lo llama López Morales) lingüístico de la España actual, la presencia viva del español dentro y fuera de las fronteras del mundo hispánico, los nuevos movimientos migratorios en España y en América y sus repercusiones, la uniformidad del español en todos sus ámbitos de uso, la configuración lingüística de las ciudades hispanas, las áreas fronterizas de uso, las lenguas marginales o variedades que conviven con el español estándar en cada una de sus regiones, la unidad lingüística panhispánica, el porvenir del español en Filipinas y Guinea y, como colofón, el presente y el futuro del español en la era de la informática. Para presentar estos contenidos, el profesor López Morales compone un índice repleto de sugerencias y de asideros que incitan a leer su obra de principio a fin, por el fino humor que muchas de ellas destilan («La caracterización del cocoliche no es empresa fácil», pág. 329; «Gracias a las telenovelas y a algunas otras cosas, claro está, se está unificando y cohesionando la lengua», pág. 414), por las evocaciones de saber libresco que contienen («Nos, don Alfonso, mandamos fazer», pág. 22; «... es aquella Isla —Cuba— la más hermosa que ojos hayan visto», pág. 36, «Las manos servían aquí de lengua, dice Fray Bartolomé», pág. 37) o por su capacidad de persuasión al ofrecer los contenidos de los capítulos como noticias sorprendentes para el público lector («El *Libro del saber de astronomía* ya presenta cómo se puede navegar a través del océano fuera de la vista de la costa», pág. 35; «Todos los países que integran Mercosur serán bilingües español-portugués en un tiempo relativamente breve», pág. 386). Visto así, el índice se transforma en una guía de lectura capaz de satisfacer la curiosidad de los lectores en un primer acercamiento a la obra, y en una síntesis de la gran abundancia de saberes y erudición que el volumen encierra dentro de su deliberada sencillez.

En la PRIMERA PARTE, «Una mirada al pasado», unas pinceladas precisas de historia permiten al profesor López Morales sintetizar magistralmente

centenares de páginas de literatura científica sobre la configuración de las variedades peninsulares y el auge del castellano entre todas ellas. En este recorrido toma como punto de partida el desgaste del latín clásico en las esferas oficiales de la comunicación, cuando las modalidades surgidas del latín vulgar tenían una vida oral bien asentada. Entre ellas, las hablas cántabras impusieron su dominio por cuestiones políticas e históricas y, a partir del siglo XIII, se afianzaron en las esferas literarias, jurídicas e historiográficas gracias a Alfonso X El Sabio y su reconocido empeño en la codificación de las normas del castellano. El avance de la frontera cristiana favoreció, además, la expansión del viejo dialecto hacia el sur. Ya en tiempos de los Reyes Católicos culminó la reconquista de España con la toma de Granada, germen de una unificación política que llamaba al castellano a «dar sus primeros pasos para convertirse en lengua española» (pág. 27). Aliados de esta expansión fueron, por una parte, la imprenta, que favoreció la difusión de la literatura, y, por otra, Nebrija, cuya *Gramática de la lengua castellana* fue «una auténtica revolución cultural, pues nunca antes una lengua vulgar había sido merecedora de una regulación gramatical por “artificio” y “arte”» (págs. 28-29). En poco más de veinte páginas, repletas de noticias sobre el nacimiento y la madurez del castellano, quedan sentadas las bases históricas de nuestra lengua y abonado el camino para desarrollar asuntos que, en capítulos sucesivos, permitirán saber cómo se produjo la expansión de esta lengua más allá de las fronteras europeas.

En los cinco capítulos siguientes (del 2 al 6) se analiza la llegada del español a tierras americanas y se dibujan los hitos más destacados en el proceso de su incorporación al Nuevo Mundo. En los primeros asentamientos europeos domina un tipo de población blanca, de origen meridional, que aumenta en cada expedición hasta hacerse cada vez más notable. El léxico indígena comienza a asomar en las primeras crónicas de los viajeros españoles (desde el *Diario* de Colón, cuya importancia glosa López Morales en las págs. 47-50) y allí, en aquellas colonias formadas ya por gentes de diversa procedencia, se adivina «la alborada del español americano» (pág. 50) cuya expansión territorial será imparable en las décadas sucesivas. El nuevo mapa lingüístico del continente ayuda a comprender también que los mestizos, con una extensa variedad de castas y nombres para designarlos, se convierten, a lo largo del siglo XVI, en «el renglón más numeroso de la población» (págs. 70-72). Las reflexiones sobre la «política castellanizadora», interés prioritario de los reyes españoles, constituyen una estupenda síntesis de las tensiones iniciales entre el español y las lenguas indígenas en medio de las empresas de conquista y evangelización. Poco a poco, el español americano asimila nuevas voces procedentes de las lenguas autóctonas; muchas de ellas se incorporan pronto a la literatura y se hacen normales en el habla

de los conquistadores, que las llevan de unas partes a otras y extienden voces típicamente insulares por el continente y viceversa. Según López Morales, que glosa palabras de José Luis Rivarola, la difusión del español en el Nuevo Mundo no sólo creó un espacio geográfico-social, sino también un nuevo espacio mental en el que se van labrando, sin pausa, los signos de una nueva identidad idiomática (pág. 104).

El capítulo 4 trata sobre la posibilidad de una ruptura lingüística entre América y España tras la independencia política de las colonias, temor bastante extendido desde los primeros años del siglo XIX, apoyado después por filólogos como Rufino José Cuervo y alimentado por la analogía con la fragmentación lingüística que sucedió en el ámbito románico a la caída del Imperio. Los comentarios sobre las ásperas relaciones de la norma académica del español, dictadas en Madrid, con las posturas de los intelectuales americanos reflejan que las tensiones entre la metrópolis y los países recién independizados iban más allá de lo filológico y evocaban rencillas viejas de dependencias coloniales (págs. 111-123). No es de extrañar que el temor de la fragmentación rondara a un lado y a otro del océano, lo cual ayudó al castellano a mantener su estatus a costa de las lenguas indígenas, que veían cada vez más minadas fuerzas (págs. 124-126). El capítulo 5 se ocupa, precisamente, de explicar la situación de estas lenguas desde los tiempos de la colonia hasta hoy (con la extinción de muchas de ellas), su influjo en el español americano (que no va más allá del vocabulario) y la lucha de algunas de ellas por su reconocimiento oficial (por ejemplo, el guaraní en Paraguay).

Factor esencial en la configuración del español americano fue su convivencia con lenguas africanas, como explica López Morales en el capítulo 6 de su obra (pág. 155). África dejó en América, además de sus raíces humanas, un buen puñado de voces, manifestaciones religiosas y elementos folclóricos que han perdurado hasta hoy. Esta primera parte del libro (que refleja paralelismos con otras páginas de *La aventura del español en América*, del propio López Morales, por los asuntos tratados en ella) se cierra con un capítulo dedicado al estudio de la lengua de Cervantes en Guinea Ecuatorial y en Filipinas (7, págs. 177-182), países en los que el español nunca llegó a ser lengua general. En los apartados finales del libro, el capítulo 17 trata sobre la posibilidad de un nuevo despegue del español en Filipinas y sobre el mantenimiento del español en Guinea, con las gestiones que se están llevando a cabo en los últimos años para crear una Academia Guineana de la Lengua (págs. 369-374).

Las SEGUNDA PARTE lleva por título «La situación actual»; la integran doce capítulos (del 8 al 19) que abordan aspectos relacionados con el presente y el futuro de la lengua española en la era revolucionaria de las comunicaciones. El primer apartado analiza las luces y las sombras de conceptos como «Ibe-

roamérica», «Hispanoamérica» o «Latinoamérica», entre los cuales el autor apoya el primero, por hacer referencia a las tierras que en el continente americano hablan lenguas ibero-románicas (pág. 185). También repasa las diferencias entre *castellano* y *español*, e ilustra sus alternancias de uso con abundantes ejemplos históricos y con opiniones de estudiosos actuales no siempre exentas de polémica. Enlaza así con el capítulo 9, que trata sobre «El mosaico lingüístico de la España actual» (págs. 201-213); el autor traza el mapa de las cuatro lenguas oficiales reconocidas por la Constitución de 1978 y por los estatutos de autonomía y apunta algunas ideas sobre el bilingüismo natural de estas regiones. En medio de este panorama, toma el bable asturiano como un caso excepcional en un proceso de estandarización que, desde la Academia Asturiana y desde la administración regional, se hace sin tener en cuenta las actitudes de los hablantes (págs. 203-213).

Con respecto a la «Presencia viva del español en el mundo» (págs. 215-224), López Morales estima que los criterios para considerar a un individuo hablante de español son dos: «que sea nativo y que posea un buen dominio de la lengua» (pág. 219), ya viva en países hispanohablantes o alejado de ellos por los modernos flujos migratorios. A otros flujos, aquellos que favorecen el asentamiento de españoles en la América hispánica o a la inversa, dedica el autor el capítulo 11, con atención especial a la demografía hispana en los Estados Unidos y el tipo de español que hablan los hispanos estadounidenses (págs. 232-276). Caso aparte es el de Puerto Rico, cuyos avatares políticos y lingüísticos (con un bilingüismo muchas veces cuestionado) se analizan en las págs. 309-325.

El capítulo 12 reflexiona acerca de la uniformidad del español como lengua hablada en España y en los países hispanoamericanos que la tienen como oficial o cooficial, amén de otros territorios diversos (págs. 277-299); López Morales recupera las divisiones dialectales de los países hispanos para intentar buscar diferencias entre ellos, sea desde el plano fónico o desde el léxico, donde las distancias suelen ser más notables. Contrastados los datos, el autor considera que buena parte del vocabulario empleado en la actualidad en las diversas regiones del dominio hispánico son comunes a todos los hablantes, con lo cual la nivelación y la uniformidad son innegables.

En el capítulo 13 presenta las ciudades hispanas como microcosmos lingüísticos (págs. 301-308). Los diferentes países se entienden como unidades lingüísticas bien definidas; en ellos, los centros urbanos condensan los mayores porcentajes de población en detrimento de las zonas rurales o semirurales. En este apartado son muy interesantes los comentarios sobre la llegada a las ciudades de inmigrantes indígenas, que suelen arrastrar «un grado muy bajo de bilingüismo» (pág. 304) favorable a la discriminación de muchos de ellos.

En su afán de abarcar todas las esferas de la comunicación, López Morales mira hacia los registros del habla marginal que conviven con el español estándar en la mayor parte del mundo hispanohablante (págs. 327-352). Algunos de ellos se caracterizan «por su artificialidad» (el *lunfardo*, que nació como lengua de delincuentes en Argentina; el *parlache*, variedad marginal hablada por las pandillas); otros, «por ser resultado de situaciones de lenguas en contacto» (pág. 327), que originan sistemas híbridos, lenguas fronterizas, como el *portuñol*, mezcla del español uruguayo y del portugués de Brasil, o el *cocoliche* argentino y el *spanglish*. En este recorrido, presta atención al *llanito* gibraltareño, que define como «un español muy transferido por el inglés» (pág. 328) y, sobre todo, al *spanglish* que en los Estados Unidos va camino de convertirse en una variedad importante.

En el capítulo 16, se recuperan ideas tratadas en la primera parte de la obra, sobre la importancia de la creación de las veintiuna Academias en Hispanoamérica que trabajan con la Real Academia Española de Madrid gracias a su nueva política panhispánica. La estrecha colaboración que mantienen estas instituciones se ve como una garantía para la unidad del español.

El libro concluye con un capítulo dedicado al español hoy (págs. 375-424) y otro dedicado al futuro de esta lengua (425-440). El autor se muestra optimista al considerar que la cohesión es creciente entre todos los hispanohablantes y que esta cohesión nos permite entendernos pese a las diferencias que nos separan (muy bien ilustradas al final del capítulo mediante la explicación del «choque» entre *conducir*, *tráfico*, *paso de cebra* y *coche*, propias del español europeo, y *manejar*, *tránsito*, *paso de peatones* y *automóvil*, que prefieren muchos países al otro lado del Atlántico). La enseñanza del español como lengua extranjera ha conocido un crecimiento inusitado en las últimas décadas, sobre todo en los Estados Unidos. La universidad y otras instituciones encabezadas por la Academia Norteamericana de la Lengua Española (desde 1973) han contribuido a asentar el hispanismo con garantías de continuidad. El español se estudia, además, en otros muchos lugares del mundo y hoy en día, gracias a Internet y a los medios de comunicación, el auge de su demanda es imparable. A estos canales se unen otros como las series de televisión conocidas como «culebrones» (que han gozado de extraordinaria aceptación en la últimas décadas y se han difundido por todo el mundo) y las emisoras de radio.

De estos planteamientos surge la pregunta que pone punto final al libro: ¿hacia dónde camina el español?, ¿cómo será su futuro, «rodeado de un sinfín de medios de comunicación masiva»? (pág. 429). La respuesta pide calma e ilumina un futuro favorable a la expansión del idioma, pues muchos de estos medios «terminan por ampliar la nómina pasiva de oyentes, telespectadores o lectores» (págs. 433-445) con todas sus repercusiones lingüísticas.

Lo que nadie discute es que hoy el español es la cuarta lengua más hablada del planeta y que las previsiones permiten adivinar que, dentro de veinte años, «sólo el chino superará al español como grupo de hablantes de lengua materna» (pág. 438).

Cada uno de los capítulos comentados se cierra con las correspondientes notas a pie de página, que amplían las informaciones dadas en el texto y muestran el enorme cúmulo de lecturas que se esconde tras la sencillez buscada por López Morales y su intención de no distraer al lector común con comentarios eruditos. La bibliografía anotada en las páginas finales (actualizada hasta 2009) no es adorno propio de un ensayo científico; los estudios que menciona han sido leídos y contrastados de principio a fin, y eso se adivina en cada página del libro. El profesor López Morales consigue, como en otras de sus obras anteriores, enseñar deleitando, convertir los entresijos de la historia del idioma y su expansión por el mundo en una obra de lectura amena, interesante, llena de sugerencias y de nuevos estímulos para completar sus ya largas andanzas y seguirle la pista en el futuro.

Pilar MONTERO CURIEL
Universidad de Extremadura